

GUILLERMO BUSTOS Y ARMANDO MARTÍNEZ, EDITS., **LA INDEPENDENCIA EN LOS PAÍSES ANDINOS: NUEVAS PERSPECTIVAS**, BUCARAMANGA, UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR/ORGANIZACIÓN DE ESTADOS IBEROAMERICANOS, 2004, 260 PP.

Poco antes de cumplirse dos siglos del proceso de la Independencia, la Universidad Andina Simón Bolívar y la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI), publican, bajo el título *La Independencia en los países andinos: nuevas perspectivas*, las memorias del Primer Módulo Itinerante de la Cátedra de Historia de Iberoamérica, llevado a cabo en Quito en diciembre de 2003. Si tomamos el título en su sentido estricto habría que preguntarse: ¿Qué nuevas perspectivas se nos revelan entre las páginas de este volumen que reproduce en su portada un fragmento de la Acción de la Batalla Marina de Maracaibo? Como a menudo sucede con las antologías, esta publicación contiene tanto agua como vino. En sus páginas cohabitan enfoques tradicionales junto con aquéllos que efectivamente ofrecen nuevas perspectivas.

La evaluación que hace uno de los editores, el historiador ecuatoriano Guillermo Bustos, sobre la historiografía de la Independencia de las últimas décadas –al que le precede el trabajo de su compatriota, el historiador Carlos Landázuri, sobre la producción historiográfica temprana– nos provee de un punto de partida analítico para discriminar entre las distintas contribuciones. Lejos de enumerar simplemente, o describir los diferentes aportes, encontramos en su artículo una reflexión concienzuda sobre las diferentes corrientes y tendencias. Aunque se limita a la producción historiográfica sobre el Ecuador, sus conclusiones, en cuanto a lo que nos ocupa, resultan como él mismo lo advierte, válidas para toda la subregión. Bustos señala, y con razón, que una de las limitaciones más significativas de la historiografía sobre la Independencia radica en el gran desconocimiento que tenemos sobre la participación de los sectores subalternos durante el proceso independentista; menciona en particular a la “plebe, indígenas y esclavos”.

El volumen se abre con el ensayo de Jaime E. Rodríguez, historiador de la Universidad de California, quien nos ofrece un análisis de las revoluciones en la América del Norte, en el Caribe y en la América del Sur. Aunque no se ajusta a los parámetros de un estudio comparativo en *stricto sensu*, este artículo nos permite obtener una visión panorámica de los procesos en el

continente. Rodríguez prefiere no hablar de imperios sino de monarquías; en este sentido, el autor hace un balance de los procesos independentistas en el contexto de lo que él considera, fueron las monarquías británica, francesa y española, respectivamente. Una estrategia conceptual similar fue adoptada por Serge Gruzinski en su artículo “Les mondes mêlés de la monarchie catholique et autres ‘connected histories’”, publicado en *Annales* hace unos años.

En la siguiente sección del libro encontramos artículos que abordan el rol de algunos de los protagonistas del proceso independentista. La historiadora venezolana Carmen Bohórquez enfatiza el rol de Francisco Miranda como el gran precursor de la gesta americana. El historiador español Manuel Chust realiza una relectura de las intervenciones del quiteño José Mejía Lequerica en las Cortes de Cádiz, durante 1810 y 1811, y recupera la importancia de los actores americanos en este importante acontecimiento de la historia política hispana, lo cual tiene el gran merito de romper con la tendencia de la historiografía española de ignorar los aportes criollos a este esfuerzo constitucional. El último artículo de esta sección es del historiador venezolano Germán Carrera Damas acerca de la figura de Simón Bolívar. Resulta difícil entender las razones que impulsaron a los editores a incluir el texto de esta conferencia, que aparte de no ajustarse a un formato de trabajo científico, no constituye un aporte novedoso. Su conclusión se centra en definir que los proyectos nacionales de las cinco repúblicas bolivarianas han sido guiados por un “fondo de libertad e igualdad”, lo cual mirado desde la perspectiva histórica de los casi dos siglos transcurridos, resulta un absurdo. Nadie con algún conocimiento de la historia de los países bolivarianos podría compartir esta conclusión.

La tercera sección contiene contribuciones reunidas por el hecho de referirse a las juntas de la Independencia, un tema por cierto bastante tradicional. Las contribuciones que aquí aportan nuevos enfoques son las del historiador colombiano Oscar Almarino, quien nos demuestra la gran diversidad y heterogeneidad que evidencian los proyectos y los actores de la gesta independentista en el sur de Nueva Granada, y la de la historiadora ecuatoriana Rosario Coronel, quien, al tratar la “contra-revolución” de Riobamba, rompe con el quiteñocentrismo que ha caracterizado la historiografía ecuatoriana. A pesar de que ninguno de ellos enfoca directamente los sectores subalternos, incluyen en sus análisis el factor que estos grupos representaron en la constitución de las juntas, la presencia de la población indígena en el caso riobambeño y de los afro-descendientes en la Gobernación de Popayán y del Pacífico neogranadino.

Indígenas y afro-descendientes están en el centro de la preocupación de dos jóvenes historiadoras ecuatorianas: Valeria Coronel y María Eugenia Cha-

ves, quienes se incluyen en la sección denominada "Otras Perspectivas"; aquí encontramos los nuevos aspectos que se anuncian en el título del libro. Estas contribuciones renuevan la historiografía ecuatoriana "nacional" después de un período que, como anota Bustos, ha sido dominado por los académicos extranjeros. La contribución de Valeria Coronel se refiere a los indígenas en el contexto de los imaginarios políticos populares en la "revolución" de Quito y el rol jugado por "la plebe". Si bien se puede cuestionar el supuesto de que la "plebe" pueda servir como una noción para designar a un grupo social aprehensible, no cabe duda de que la necesidad de enfocar el grado y la forma de participación de los sectores subalternos en el proceso independentista se revela indispensable. Tal como se desprende de algunos de los artículos aquí reseñados, este proceso fue una suerte de estrategia política y económica, articulada en el interior de las élites criollas, que convocó, aunque solo de forma coyuntural, a los sectores subalternos. En este sentido, María Eugenia Chaves aborda la retórica de la libertad alrededor de la exclusión de los esclavos y libertos del proyecto nacional.

En un libro que nos promete nuevas perspectivas del proceso de la Independencia hubiera sido deseable encontrar un desarrollo más amplio en cuanto a preguntas, como aquéllas referidas a la problemática de la relación entre la comunidad y el Estado ¿Al desaparecer el Rey, quien representaba el nexo superior, a qué nivel debía llevarse a cabo la asimilación del conjunto antiguo en la nación moderna? ¿A qué nivel constituir la nueva entidad política? ¿A la altura de un virreinato, de una audiencia, de una provincia, de una ciudad con su *hinterland*? Cabría preguntarse también sobre la existencia de posibles continuidades, con respecto a las características del estado burocrático colonial. Si el interés se centra en el funcionamiento del Estado como institución, es indispensable tomar en cuenta la pugna que caracterizó el devenir político colonial. Las interrogantes que me he permitido esbozar aquí, no tienen otro objetivo sino el de señalar que el reto que proponen los editores de este volumen tiene el mérito de abrir una serie de diversas posibilidades de investigación que necesariamente deben llevar a la renovación de los métodos, los objetos y las herramientas teóricas, para construir una narrativa histórica que dé cuenta de los procesos comunes que han marcado el destino de las repúblicas surgidas del fracasado proyecto bolivariano decimonónico.

Roland Anrup
Universidad Uppsala, Suecia